

EL PULSO DE LA SEMANA

¿Quién castiga a quién?



Por Edmundo Jarquín

Diversas han sido las reacciones del gobierno de Ortega frente a la decisión de los Estados Unidos de cancelar definitivamente los recursos no comprometidos del programa de cooperación "Cuenta Reto del Milenio".

La primera ha sido decir que el castigado es el pueblo, los miles y miles de nicaragüenses que serían beneficiados con ese programa. En esta ocasión, estamos de acuerdo con el gobierno: los castigados son los nicaragüenses.

Pero la pregunta que debemos hacernos los nicaragüenses es quién ha sido el responsable de ese castigo. Como dijo una humilde señora de Chinandega, a quién cité ya en otra ocasión, no son los Estados Unidos los que rompieron las reglas, sino el gobierno de Ortega. La conclusión es obvia: el responsable del castigo es el gobierno de Ortega.

Y que se olvide el gobierno de Ortega si piensa que hasta ahí llegan las consecuencias del fraude en las elecciones municipales, y que podrá, sin consecuencias, seguir construyendo todo el andamiaje de una nueva dictadura.

¿Quién chantajea a quién?

Otra reacción del Ortegaísmo ha sido decir que los Estados Unidos han intentado chantajear al gobierno. Por extensión, lo mismo dirán de los países europeos, que han mostrado similar preocupación por el deterioro de la democracia en Nicaragua.

De nuevo aquí la pregunta correcta es quién chantajea a quién.

Desde la oposición, el Ortegaísmo chantajeó una y otra vez a los diversos gobiernos. Creaba artificialmente problemas, paros, huelgas y tranques en las carreteras, para después, a cambio de cuotas de poder, negociar la solución de los problemas que había creado.

Desde el gobierno ha seguido chantajeando, hacia afuera y hacia adentro. Hacia afuera, intentando vender la idea que

frente a su gobierno autoritario la alternativa es el caos. Dictadura light, esto es, dictadura de baja intensidad, dictablanda, como se le dice en otras partes, o caos, es la idea que tratan de vender. Y es aquí dónde cuelgan el argumento frente a las fuentes de la cooperación externa: si se termina la cooperación, vendrá el caos.

No. La alternativa frente al autoritarismo de Ortega no es el caos, sino la democracia. En el contexto de la Guerra Fría, y de la entonces llamada "amenaza comunista", muchos dictadores latinoamericanos, entre ellos Somoza, vendieron en Washington y otras capitales la idea que sus dictaduras eran el mal menor. Y Washington no solamente les aceptó el argumento, sino que incluso propició esas dictaduras.

Otras son ahora las circunstancias. Y Ortega no es el mal menor, sino la madre del cordero, el mal mayor. Y otros son los aires en la comunidad internacional.

¿De qué gobernabilidad hablamos?

El tercer argumento salido de las voces del Ortegaísmo ha sido decir que aquí hay gobernabilidad, porque aquí hay estabilidad. Es decir, porque no hay sangre corriendo por las calles y caminos. Gracias a Dios y a la historia que así es, porque esta sociedad ya probó, y recientemente, los límites extremos del conflicto, una pavorosa guerra civil, y no quiere volver a ella.

Pero ocurre que los nicaragüenses y la comunidad internacional lo que demandamos es estabilidad democrática, la estabilidad que procede de gobiernos legítimamente elegidos, y legitimados en su gestión por sus resultados en términos de bienestar para los ciudadanos, y por el respeto a la democracia, no estabilidad autoritaria, no la estabilidad que procede del miedo, del chantaje, de la represión institucional, y que va acumulando enconos y resentimientos hasta que se explota.

El chantaje que se ejerce hacia adentro, obligando a recibir carnés partidarios para no perder el empleo, abriendo causas penales a los opositores, violando los derechos de propiedad, entre otras cosas, pueden infundir miedo, y dar estabilidad a corto plazo, pero no



es sostenible esa estabilidad porque no descansa en el consentimiento, en la legitimidad que da el respaldo de los ciudadanos.

El gobierno de Ortega tiene legitimidad de origen, porque fue elegido en elecciones que se consideraron aceptables en términos de estándares democráticos, aunque yo personalmente tuve tan severas dudas al respecto que nunca fui en persona a reconocer el triunfo de Ortega. Pero ahora tenemos casi medio centenar de gobiernos municipales productos del fraude, sin legitimidad de origen. Y esto sin decir que aún no se dan cuentas de un 8% de los resultados -casi 200,000 votos- de las elecciones del 2006.

Y Ortega, a los dos años y medio de gobierno, carece de legitimidad de gestión, tanto en términos de resultados socioeconómicos, porque su gobierno ha tenido un pobre desempeño, como de respeto a la institucionalidad democrática, que la tiene hecha añicos.

Esa gobernabilidad democrática es la que se demanda, y no la estabilidad del miedo y la desesperanza, que es la que el gobierno de Ortega ofrece.

Y de esto, ¿a quién culpan?

Hablando de legitimidad de gestión, esta semana se conoció a través de El Nuevo Diario, que habiendo transcurrido casi la mitad del año, el programa de inversiones públicas apenas se había cumplido en un 23%. Es decir, la mitad de lo esperado.

La situación es peor si se tiene en cuenta que terminó la temporada seca, el verano, cuando las inversiones en infraestructura son más fáciles de ejecutar.

Y aún peor es la situación cuando se mira que el Ministerio de Transporte e Infraestructura, que es el principal res-

ponsable de las inversiones que generan más empleo y que más urgencia tienen de aprovechar la temporada seca, apenas ha ejecutado el 26% de su presupuesto de inversiones.

Aquí hay tres conclusiones: Primero, el gobierno es bueno para invertir, cuando solamente se trata de comprar equipos y servicios se trata, pero muy malo cuando de ejecutar proyectos de obras físicas se trata. Quizá de ahí la urgencia que tienen en estar pidiendo a la Contraloría que exceptúe el trámite de licitación. Segundo, esa pobre ejecución nada ha tenido que ver con la cooperación externa. Se trata, sencillamente, de incapacidad de gastar con eficiencia lo que ya está en el presupuesto general de la República.

Tercero, si usted anda buscando un empleo, y no lo encuentra, en buena parte se explica debido a que este gobierno, teniendo el dinero, ha sido incapaz de generar el empleo que usted, que me lee, busca.

¿Hubo o no hubo fraude, y de quién es la culpa?

A los nicaragüenses y a la comunidad internacional no les cabe duda que hubo fraude en las elecciones municipales. Pero el Presidente Ortega, en la Cumbre de Petrocaribe sigue negándolo, y recurre al argumento desconcertante que el Presidente Obama es igual que el Presidente Reagan.

Mientras, en Nicaragua, el más alto asesor Presidencial, y principal negociador financiero internacional, Bayardo Arce, ya no se empeña en negar el fraude, sino en culpar del mismo al Partido Liberal Constitucionalista (PLC).

Hemos, sin duda, avanzado: ahora todos, incluyendo altos dirigentes del Ortegaísmo, estamos de acuerdo en que hubo fraude. De ahí a encontrar soluciones, hay menos distancia.